

JOSE LUIS LARRABE
*Facultad de Teología,
U. P. Comillas (Madrid)*

UN SINODO PARA AMERICA¹

Nos parecía extraño que después de tantos Sínodos posconciliares² no se hubiera celebrado, ni siquiera anunciado uno para América. Este anuncio ha tenido lugar ya el 10 de noviembre de 1994 en la Carta Apostólica *Tertio millenio adveniente* de Juan Pablo II (núm. 38).

Dos aspectos nos parecieron positivos desde un principio y desde la primera página de los *Lineamenta*: 1) que el Consejo pre-sinodal está compuesto en su mayoría por obispos de América, y 2) que la carta de consulta haya ido pronto «a todos los interesados, se dice, en el Continente americano» (p. III).

Como se trata de Sínodo «de obispos», por «interesados» entiende, en primer lugar, «las Conferencias Episcopales y los arzobispos *sui iuris* de las Iglesias Orientales, así como también la Curia Romana y la Unión de Superiores Generales» (p. III). Pero la cosa va más allá, claro está: «interesados» son todos los miembros del Pueblo de Dios como tal, y todos ellos deben tomar parte activa, y todos han de ser consultados directa o indirectamente a través de las comunidades cristianas, pequeñas o grandes, presididas por sus obispos. Creemos que está esto en la mente de los *Lineamenta*.

Pues bien: han hecho ida y vuelta esta Carta y esta consulta pre-sinodales a América, de allí al Dicasterio del Sínodo, yendo a parar a ma-

¹ SÍNODO DE OBISPOS, Asamblea Especial para América, *Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América. Lineamenta*, Lib. Ed. Vat., 1996, 60 pp.

² JOSÉ LUIS LARRABE, «Trayectoria de los sínodos...», en *Lumen*, 1990, 553-402.

nos del Papa (p. III, 1). De él viene la formulación concreta del tema de este próximo Sínodo con las siguientes palabras:

«Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América» (ibid. 2).

La formulación del tema en estos términos tiene su intención: la de «responder al contexto de las circunstancias de la Iglesia en América y al mismo tiempo abarcar la realidad que afecta a tanta gente y tantas culturas del Continente americano». Todo ello poniendo en claro y en alto a Jesucristo vivo, iluminando el rol central que tiene como camino de conversión, de comunión y de solidaridad: así la Iglesia en América se preparará mejor a celebrar el gran Jubileo del año 2000 y cumplirá más eficazmente la nueva evangelización llevando a todos los habitantes del Continente el mensaje de salvación (ibid., *in fine*).

Para ayuda en tan enorme tarea se ha llamado —cómo no— a teólogos del Continente americano que han intervenido, entre otros teólogos y expertos, en la elaboración de este primer documento que suele llamarse con el nombre de *Lineamenta*. Nadie piense que es un documento doctrinal emanado ya desde las alturas del Vaticano sino «un primer esbozo sobre el tema» (p. III). Su finalidad es suministrar una base común de reflexión; por algo hay que empezar para generar sugerencias y observaciones al respecto. Para esto, particular interés tiene, sin duda, el cuestionario que viene al final de dicho documento (pp. 57-60). Creemos que son preguntas sinceras y radicales y que ofrecen lugar común para exponer las propias ideas con franqueza, responsabilidad y valentía. Con este cuestionario en la mano se pueden recoger «las respuestas oficiales que enviarán luego a la Secretaría General» (p. IV).

No se trata sólo de número de respuestas, recabadas a toda prisa, sino la calidad de las mismas para que contribuyan a asegurar a los Padres Sinodales, reunidos en la Asamblea Especial, la posibilidad de contar con el material necesario para el tratamiento de una temática tan importante para la Iglesia que está en América.

Hemos dicho que los *Lineamenta* —en su naturaleza— no son ni un documento doctrinal de la Santa Sede —mucho menos definitivo— ni una agenda oficial para el Sínodo como si nada se pudiera quitar ni añadir. Su finalidad es dar epígrafes e ítems para hacer acopio de las sugerencias de la Iglesia en América: obispos y comunidades eclesiales, pequeñas y grandes. Así se llegará —como suele suceder en todos los Sínodos posconciliares al segundo documento llamado siempre *Instrumentum laboris* (Instrumento de trabajo), el cual añade al primero el

contenido de las sugerencias desde la base: o al menos así debiera ser haciéndolo con tiempo suficiente.

Si se dice que el «Instrumento de trabajo» se hace «partiendo de las respuestas oficiales» (p. IV) esto no quiere decir que sólo los obispos intervienen en ello: basta seguir la lectura para encontrarnos con esta expresión obvia: «Toda la Iglesia en América es invitada a participar: sacerdotes diocesanos y religiosos, mujeres y hombres consagrados, mujeres y hombres laicos, seminarios y facultades de Teología, Consejos Pastorales, Movimientos y Grupos Católicos, comunidades parroquiales y todas las organizaciones de la Iglesia» (p. IV). Pero nuevamente, más que el número interesa que sea lo más completa y sustancial la información. Y así, ya el «Instrumento de trabajo» sí es «el documento en el cual se centrará la atención y la discusión» en el Sínodo.

No está lejos la fecha del 1 de abril de 1997 para las respuestas que, enviadas primero a los obispos respectivos, y elaboradas en las Conferencias Episcopales (CCEE) lleguen a tiempo —para esa fecha— a la sede del Sínodo de los obispos. Máxime siendo fecha límite para todos aquellos que deseen colaborar de algún modo en este proceso de reflexión (p. V).

En el párrafo final de esta «presentación» la reflexión se hace más honda y más universal al decir que «con la publicación de los *Lineamenta*, comienza una etapa crucial de la preparación de esta Asamblea Especial, etapa que supone la cooperación y la oración de cada uno de los miembros de la Iglesia» (ibid.). Tres veces se nos habla en este mismo párrafo de la comunión con la Iglesia universal: «La verdadera comunión en la Iglesia es un misterio que se extiende más allá de los confines de la nación y del continente» —«más allá también de los confines del mundo como lo conocemos» (se habla aquí de la trascendencia desde el tiempo a la eternidad). Y que «ella [América] lo hace en unión mística con toda la Iglesia».

Termina esta «presentación» con una nota explicativa sobre cómo hay que entender América: no reduciendo las características de Norte, Centro y Sur *ad unum*, sino como «única realidad geográfica, especificando en cada caso, cuando el contexto lo requiere, las respectivas diferencias» (V. nota).

INTRODUCCION

Lo que se quiere es celebrar con fe y reconocimiento (de gratitud) el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo al acercarse el fin del segundo milenio del cristianismo (p. 1, núm. 1).

Muchas veces se ha definido la nueva evangelización como un «renovado empeño por dar testimonio gozoso de la fe y esperanza ante el mundo entero» (núm. 1). Ahora bien, ¿cómo sitúa este «evento fundamental y decisivo de la historia de la Iglesia» (ibid.) en el contexto de la Humanidad? Esta situación del mundo actual se describe aquí como «un tiempo dramático y a la vez entusiasmante», como «final de una era cultural y alumbramiento laborioso de una nueva civilización». Pero el Sínodo quiere ver y estudiar, no sólo hacer diagnóstico, sino también ofrecer soluciones, al modo como afecta esto, todo esto, al Pueblo de Dios, no de una manera casual, sino causal con la participación activa y responsable de la Iglesia en aquellas latitudes en el nacimiento de una nueva civilización de justicia, de solidaridad y de amor» (ibid., *in fine*).

Si hay que partir de la situación real, bien estudiada, no es para quedarse ahí en lamentaciones o autocomplacencias, sino para potenciar lo bueno que se está haciendo —mucho— y para poner «a grandes males, grandes remedios».

Sobre todo, «para favorecer la renovación de la fe y de la vida cristiana del Pueblo de Dios allí (y desde allí): en la Iglesia se da también la interacción beneficiosa, como se da la perjudicial en su caso: si las cosas van mal en una parte de la Iglesia (por ejemplo, la escasez de sacerdotes y vocaciones religiosas: ¡allí y aquí!).

De principio a fin está escrita —al menos como declaración de intenciones— la opción por los pobres, «por las categorías sociales más desprotegidas» (núm. 2), y «se afronten también los problemas relativos a la justicia y la solidaridad entre todas las naciones de América», añade ahí el Papa (p. 2, nota 1). Esta comunicación de bienes, de toda clase de bienes, vimos y constatamos en las diversas etapas conciliares y cuando dentro de la Basílica misma de San Pedro, obispos de Norte y Suramérica se reunían en el bar interior para estos intercambios (*sic.*).

NUEVA EVANGELIZACIÓN

¿De América? ¿En América? Sin entrar en demasiados matices y disquisiciones, lo cierto es que los *Lineamenta* hablan de «la nueva evangelización en las dos partes del mismo Continente, tan diversas entre sí por su origen y su historia» (p. 2, núm. 2) y, para que no se escape una de las cuestiones que afectan al *ser o no ser* de la cuestión, se añade y concreta esto diciendo: «y sobre la cuestión de la justicia y de las relaciones económicas internacionales, considerando la enorme desigualdad entre Norte y Sur» (p. 2, núm. 2).

LAS FINALIDADES PRINCIPALES DE ESTE SÍNODO

1. «Promover una *nueva evangelización* en todo el Continente» y añade: «como expresión de *comunidad episcopal*» (*sic.*). Este punto está intrínsecamente aludido en el primero a nuestro modo de ver; es más, la comunión episcopal ha de ser causante —a partir del Espíritu Santo— como factor de comunión de todo el Pueblo de Dios. De no ser así sería reduccionismo eclesial hablar de comunión episcopal en sí y entre sí.
2. «Incrementar la *solidaridad* entre las diversas Iglesias particulares en los distintos campos de la *acción pastoral*». Y es que por el principio de subsidiariedad sabemos que las Iglesias particulares no son autosuficientes en todas las acciones pastorales: no todas pueden tener un seminario (aunque aspiran a ello), no todas pueden tener Universidades Católicas, Hospitales, lugares adecuados y suficientes de culto, etc.
3. «Iluminar los problemas de la *justicia y las relaciones económicas internacionales* entre las naciones de América, considerando las enormes desigualdades entre el Norte, el Centro y el Sur» (núm. 2, *in fine*).

También este punto último, último pero no el menos importante, entra dentro de esa globalidad intereclesial: y es que la Iglesia, comunión de los santos, no es sólo comunión de lo santo, de lo espiritual: se trata de compartir la fe y todo lo que somos y tenemos.

EL PUNTO DE PARTIDA ES JESUCRISTO, SALVADOR Y EVANGELIZADOR

Se trata de un Sínodo; y un Sínodo es acontecimiento eclesial: esa es su naturaleza intrínseca. No se trata, pues, sólo ni principalmente de factores puramente humanos y económicos, etc. Primero hay que poner en el centro a Jesucristo y a los pobres. Y todo lo demás, todos los demás, girando en torno a estos dos ejes, mejor dicho, un solo eje.

Esta centralidad de Jesús está claramente subrayada en el número 3 de los *Lineamenta*, atribuyéndosele los dos adjetivos *ad casum*: «Salvador y Evangelizador». El cual «ofrece su camino en esta coyuntura histórica». No se trata, pues, sólo de un Sínodo doctrinal, puramente teológico ni abstracto, sino cómo Jesucristo ofrece su camino hoy, aquí y

ahora. Decía Karl Rahner: «Predicar es decir aquí y ahora lo que Dios quiere en esta comunidad». Pues bien: «no sólo predicar, sino tratar de hacer lo que Dios quiere aquí y ahora, en esta etapa concreta de la historia de salvación. Lo que leemos estos domingos (XXV, XXVI y XXVII del tiempo ordinario del ciclo A) no es *quién dijo* sino *quién hizo* lo que es la voluntad del propietario o dueño de la mies.

Este apartado (núm. 3) expone de forma vibrante cómo Jesús ofrece al hombre de hoy la forma de renacer a nueva esperanza, ofreciendo «la validez del mensaje del Evangelio para el mundo actual, para el hombre de nuestro tiempo», como dijo Juan XXIII en el mensaje inaugural del Concilio Vaticano II.

El talante con que se presenta aquí el Sínodo no es condenatorio: «no para juzgar y condenar» sino positivo: «para redimir y salvar vino Jesucristo» (cf. p. 3, núm. 3). Nos hemos fijado —cada vez que aparece la expresión «nueva evangelización» a qué se refiere—; pues bien, esta vez a «estimular el encuentro personal de los hombres y mujeres de América con Jesucristo vivo»:

«El invita a todos a la *conversión* (se subraya esta palabra de principio a fin) para poder vivir en comunión con el *Padre* y para dejarse transformar por el *Espíritu* en instrumentos de *solidaridad* fraterna» (núm. 3, *in fine*).

PRIMERA PARTE

ENCUENTRO ACTUAL CON CRISTO, MUERTO Y RESUCITADO

En alguna parte hemos notado, como nota o glosa al margen, un cierto reduccionismo en que siempre que se habla de Jesucristo se condensa todo el credo cristológico en estos dos adjetivos: «muerto y resucitado». Al menos no hemos encontrado suficientemente desplegado el credo cristiano y la moral cristiana, tal como hacían los primeros cristianos: *vivire in forma vitae Christi* o, como se explicaba en cátedras medievales, casi hasta nuestros días, considerándola como principal la asignatura *De vita et mysteriis Christi* (en relación con el núm. 4).

En cambio, aparece ahí mismo acertadamente la presencia viviente de Jesucristo en la Iglesia, considerando esto como punto de convergencia de todas las reflexiones y sugerencias que se hagan. Al final de

este mismo párrafo aparece nuevamente el tema de «la nueva evangelización» en el sentido de que así «la conversión, la comunión y la solidaridad como exigencias básicas harán de ellos apóstoles de la nueva evangelización». Todo esto brota del encuentro de cada hombre y cada mujer con Jesucristo vivo (núm. 4,1).

Por «evangelizar» se entiende más tarde, citando el nuevo «Catecismo de la Iglesia Católica», «llevar a otros al sí de la fe en Cristo» (núm. 4,2, citando el núm. 429 de dicho Catecismo). Todos sabemos a estas alturas, posconciliares, que esto ha de hacerse salvando siempre la libertad religiosa, es decir, como oferta libre de Jesucristo y la Iglesia (DH núm. 1 y *passim*).

El número 5 es toda una teología bíblica de encuentros con Cristo: los discípulos de Juan Bautista, Nicodemo, Zaqueo, la Samaritana, etc.³, sugiriendo así el método evangelizador que personalmente utilizó Jesús y dándonos, de paso, ejemplo, buen ejemplo, de teología narrativa.

Dando un paso más, por «evangelizar» no se entiende teorizar sobre El, ni observarlo como espectadores neutros, sino encontrarse con El en las propias circunstancias de sus vidas, en sus compromisos familiares y profesionales, en sus proyectos, en sus dudas y debilidades. De esto, junto con la escucha de la Palabra como elemento principal, «saldrán transformados en discípulos suyos». Y esto es evangelizar, ésta es la nueva evangelización. (Por cierto, que se hace aquí mismo elogio de la primera evangelización hace ya quinientos y años y del esfuerzo realizado posteriormente, en cinco siglos.)

No creemos que en el número 6,3 —como han acusado algunos— se ofrezca una teología de la cruz como «resignación» en sustitución de la liberación. De ésta se habla en el párrafo anterior en términos vibrantes y lo hará también más tarde. Los documentos hay que leerlos en su integridad y coherencia. No falta, pues, de principio a fin la gran preocupación por los pobres y —al menos como declaración de intenciones— la opción misma por los pobres.

Coherentemente con la prioridad evangelizadora se habla aquí y allá, siempre, del título de «enviados» aplicado a la Iglesia misma y a todos los estamentos en ella. Y a este fin, sigue preferentemente el camino de San Lucas en su evangelio (núms. 7 ss.).

³ Se ve —a través de muchas expresiones— que la traducción española de este documento llamado *Lineamenta* no está hecho en buen español. Por ejemplo, este párrafo del núm. 5: «Le preguntaron dónde vivía y Jesús los recibió en su habitación» (*sic.*).

«Welcomed them into His home», dice la versión inglesa.

Nadie negará a este documento su carácter eminentemente preumatólogo: el Espíritu Santo aparece como creador, animador y dador de vida en toda esta nueva evangelización (cf. núms. 8 ss.).

El Sínodo quiere ser «un camino actual», o actualizado, en el sentido de que «cada generación de cristianos tiene su *hoy* salvífico como tarea propia, como camino por recorrer y camino para vivir realizando la experiencia del Evangelio» (núm. 9,1). Insiste en ello el párrafo siguiente, el que viene a renglón seguido, diciendo: «Toda la Iglesia en América debe tomar conciencia de la densidad salvífica del *hoy* de salvación y del *hoy* del compromiso evangelizador.»

No sin razón el documento se muestra preocupado aquí y en otros muchos números sobre el sacramento de la reconciliación, bien celebrado por supuesto. Buena prueba de ello es que aquí mismo, después de las palabras que hemos puesto entre comillas sobre el hoy de la salvación y del hoy del compromiso evangelizador, se alude a esto diciendo: «Para ello es necesario saber valorar adecuadamente la práctica del sacramento de la reconciliación (el perdón y la misericordia salvífica en acto), de la celebración de la Eucaristía, de la escucha de la Palabra», etc.

¿Cristianos anónimos? No se especifica bien este tema cuando se nos dice que «ante los deseos de salvación de los gentiles, Jesús se presenta como verdadero *Soter* o Salvador, pues también para ellos El es la salvación» (dice citando Hch 2,39; 28,28) (núm. 10). A este respecto, una cosa es cierta —y nos agrada aducirla aquí—, a saber: que los Sínodos anteriores han dicho la expresión cristológica *extra quem nulla salus* refiriéndose a Cristo. Y ya San Agustín y Santo Tomás habían dicho que las personas de buena voluntad y fe implícita están atraídos por Cristo, único Salvador del mundo.

Mucho tendrá que reflexionar ese Sínodo sobre los «ídolos» sectas y demás ofertas de salvación a que se refiere este mismo número (10,2); ídolos que pululan allí y aquí.

¿LA TEOLOGÍA DE LIBERACIÓN?

Como primer atisbo —luego vendrán otros— aquí se dice que la salvación que propone (Jesús de Nazaret) es una liberación del más radical de los males, que es el pecado, pero que se prolonga en tarea liberadora y exigencia ética (lo dice citando el segundo documento vaticano sobre la teología de liberación que a nuestro juicio fue más profundo y acertado que el primero) (1984 y 1986).

Liberación que ofrece y realiza el Espíritu Santo a través de la Iglesia: «Este *iter salutis* que ofrece la Iglesia en su obra evangelizadora se puede resumir (y lo resume en el núm. 11) diciendo: «recibir la Palabra, convertirse, creer, bautizarse, recibir el perdón de los pecados, y, posteriormente, el don del Espíritu». Según esta «secuencia», habrá que tratar largamente y *ex professo* el problema del bautismo de niños y adultos porque tal como se están haciendo ahora mismo las cosas de esta pastoral bautismal no van muy bien: son muchos los teólogos, buenos teólogos y pastores —buenos pastores— los que están muy preocupados al respecto: ¿bastan dos o tres charlas con padres y padrinos para proceder sin más al bautismo de sus niños estando como están las cosas?

Por eso, «*la Palabra de Dios* es el medio normal por el que la Iglesia invita a la salvación», dice textualmente y subrayando el número siguiente (núm. 12); subrayando también la libertad religiosa proclamada por el Concilio Vaticano II (Dh 1) y el «Catecismo de la Iglesia Católica» (núm. 160).

Que esta «salvación es integral, que cubre todas las necesidades del hombre, físicas y espirituales, terrenas y trascendentes» es lo que nos añade aquí para puntualizar el concepto de liberación integral y pascual (núm. 12,2).

En pocas líneas, aunque sean programáticas, no se resuelve ni se ilumina el tema, el grave problema que se aduce con estas palabras: «el areópago de los medios de comunicación social (!), de la cultura y de la ciencia, del arte y del pensamiento, del espectáculo, del deporte y de la política» (citando *Redemptoris missio* de Juan Pablo II). Ahora bien: cada uno de estos temas es digno de serio y profundo estudio en orden a esta nueva evangelización.

Para terminar esta primera parte, los números 13 y 14 ofrecen una excelente mariología bíblica: su presencia en la Iglesia (núm. 13,1), el Espíritu del Señor sobre ella y a través de ella (núm. 14) recalcando la opción preferencial por los pobres que se refleja en el Magnificat (núm. 14,2).

SEGUNDA PARTE

JESUCRISTO, CAMINO PARA LA CONVERSION

Y se trata de una conversión personal y social (no habla de «individual» en el sentido peyorativo de «individualista», sino también «cós-

mica» extensiva «a dimensiones cósmicas» desde Cristo (núm. 15,1). Esto de que «la conversión es una exigencia previa (*sic.*) para el perdón de los pecados y la comunicación de la gracia divina» habría que matizarlo mejor: la conversión puede llamarse constitutivo interno, no sólo como algo previo, como condición que pone el hombre (núm. 15,2).

«¿Cómo debe entenderse esta conversión?», se pregunta textualmente el número 16, en el que se hace luego todo un despliegue del tema diciendo que «la conversión no es un hecho aislado, sino un proceso constante en la existencia del cristiano. Dura lo que dure su vida. No es un hecho que afecte sólo a las personas individuales, sino también a los grupos humanos, a las instituciones y estructuras sociales en cuanto creadas y dirigidas por personas humanas, libres y responsables»... «interrogarse sobre las responsabilidades que ellos tienen también en relación a los males de nuestro tiempo» (ibid. citando la Carta Apost. *Tertio millennio adveniente* 36).

LUCES Y SOMBRAS

De unas y otras se nos habla aquí invitando a reflexionar sobre ellas de cara al Sínodo en cuestión. Entre las primeras estamos de acuerdo en que «es constatable un evidente *despertar religioso*, bajo formas de sed de oración y contemplación, sobre todo, entre los jóvenes» (núm. 17). Más discutible o cuestionable nos parece lo que dice a continuación sobre: «la religiosidad del pueblo sigue vigorosa, con manifestaciones de una práctica religiosa sencilla, que sabe descubrir el núcleo esencial del misterio cristiano» (*sic.*). No se trata de negar esto, sino de llamarnos la atención —aquí y allá— sobre la necesidad de discernimiento al respecto; también, cuando se añade a continuación: «Prueba de ello es la participación de los fieles en la celebración de los sacramentos, sobre todo del bautismo, de la Eucaristía y del matrimonio, que suelen ser también ocasión de encuentros familiares y sociales» (núm. 17). Ahora bien: el Concilio Vaticano II —no sólo de feliz memoria sino de feliz actualidad— decía y dice que los sacramentos presuponen la fe, expresan la fe, celebran la fe y aumentan la fe (cf. SC 59). A esto, tenemos que atenernos en esta nueva evangelización.

Entre las luces se pone, con razón, el párrafo siguiente de este mismo número: «El empeño por la paz y por la vida, la solidaridad hacia los marginados de la sociedad y hacia los que sufren todo tipo de enfermedad (particularmente los enfermos de Sida y los toxicómanos, en número siempre creciente en estos últimos tiempos)» (núm. 17,2).

Sin pesimismo ni añoranzas, entran también en la descripción de este diagnóstico del mundo actual las sombras que aquí se apuntan; entre otras, una religiosidad no auténtica, sincretismos contruidos sobre la base de creencias populares desorientadoras desviando a veces hacia sectas o movimientos parareligiosos» (núm. 18,1).

Al estilo de vida materialista y consumista se detecta, no sólo en el Norte, sino también en el Centro y Sur de aquel inmenso y grandioso Continente: «Muchos hombres y mujeres de nuestra época, movidos por el mero deseo de posesión y disfrute de los bienes materiales, experimentan un vacío interior» (núm. 18,2). Entre estas sombras, no podía dejar de enumerar y hasta destacar su gravedad refiriéndose «al materialismo que difunde cada vez más una mentalidad de rechazo de la vida, antes de nacer o en su etapa final, y un creciente recurso a la violencia y la muerte» (ibid.).

También la mentalidad secularista, el relativismo moral y el indiferentismo religioso; la escasez de vocaciones sacerdotales y deserciones en este campo, etc. Nada tiene que ver la libertad religiosa (que es doctrina conciliar de la Iglesia: Dh 1) con el indiferentismo religioso del que aquí se afirma que es progresivo en aquellas latitudes (también en éstas) y que «lleva a la *pérdida del sentido de Dios*» (núm. 19), lo cual a su vez lleva también a la pérdida del sentido del misterio... «y a una falsa autonomía moral y a un estilo de vida secularista que excluye a Dios». Y añade a renglón seguido: «De la pérdida del sentido de Dios se sigue la *pérdida del sentido del pecado*» (núm. 19,1). Se aduce aquí, cómo no, la famosa frase estereotipada de Pío XII: «El mayor pecado del siglo es la pérdida del sentido de pecado» (ibid.). Y nuevamente, no está de más, no podía terminar este apartado sin ulterior referencia al sacramento de la penitencia; lo hace con estas palabras: «En algunas partes, un cierto *abandono de la práctica frecuente del sacramento de la penitencia* no es sino la consecuencia lógica de esa doble pérdida, del sentido de Dios y del sentido del pecado» (19,4, *in fine*). Todavía hay que decir que ha sido suave esta constatación: allí donde dice abandono de la práctica *frecuente*... otros dejan de lado este adjetivo y, en lugar de decir «en algunas partes», dicen en muchas partes, como lo demostró el Sínodo de 1983 al respecto.

FACTORES Y FAUTORES DE CONVERSIÓN

Hecho el diagnóstico (que habrá que hacer antes, en y después del Sínodo), un diagnóstico realista y analizando luego sus causas, se trata

ahora de poner remedio llamando para ello a todas las fuerzas vivas: la iglesia toda ella, no sólo obispos y sacerdotes; también los religiosos-religiosas y seglares.

Se estudian luego los campos para la conversión, desde la catequesis integral hasta la familia, la parroquia⁴, las comunidades religiosas, los movimientos laicales, la Iglesia particular en sí misma, las relaciones con las demás iglesias particulares, el ámbito del propio país y sus relaciones con otros países (núm. 22). Asimismo, la «formación de actitudes positivas en favor de la vida que comienza en el hogar, pero ha de continuar en la parroquia, en la escuela, en la Universidad y en los diversos ámbitos de la sociedad» (núm. 23,1).

Capítulo aparte y destacado se merecen los *medios de comunicación social* y el de los espectáculos: el Sínodo quiere darles la importancia y relieve que se merecen. Que se estudien bien estos fenómenos sociales de primera magnitud cuya acción (beneficiosa —ojalá— o perjudicial puede ser enorme, decisiva (núm. 24).

Con discernimiento se quiere mirar a las ayudas (¿) económicas a países del tercer mundo: y lo que se quiere es que haya solidaridad generosa, pero no condicionada a ideologías y métodos drásticos en temas tan importantes como el aborto u otros problemas morales graves, a veces muy graves (núm. 25). ¿Solución? El conocimiento y puesta en práctica de la doctrina social de la Iglesia (núm. 25,2).

Que se promueva el ecumenismo, que se haga con fidelidad al evangelio, con oración, diálogo respetuoso, con caridad y humildad, es cosa que a nadie se le oculta a estas alturas.

Y no termina esta parte segunda sin volver a la reconciliación y penitencia, entendidas no sólo sacramentalmente (también esto, sin duda), sino extensivamente, abarcando también todo el campo de ricos y pobres (núm. 27). ¿Cómo no incluir aquí algunos *elementos de división* (que requieren reconciliación profunda) como son la discriminación racial, cultural y religiosa; la violencia y el erotismo; la ignorancia religiosa; los contrastes y tensiones entre cristianos; la inquietante desigualdad económica, no sólo entre los habitantes de un mismo país, sino entre los países del Norte, del Centro y del Sur del Continente. Hay que iluminar teológicamente estos temas y construir, entre todos, la unidad (núm. 28).

⁴ JOSÉ LUIS LARRABE, *Las nuevas parroquias*, Eset, 1996, 3.^a ed., 221 pp.

TERCERA PARTE

JESUCRISTO, CAMINO PARA LA COMUNION

La comunión de vida con Jesucristo, si es verdadera, siempre fructifica en solidaridad. Y termina este número, el primero de esta tercera parte, diciendo que «lo que se haga a los más pequeños de sus hermanos —hambrientos, desnudos, enfermos, sin techo, forasteros, encarcelados— a El se le hace (cf. Mt 25,34-46)» (núm. 29).

Con razón, dando la prioridad que se merece se habla, en el número siguiente, de los desempleados, de los jóvenes sin trabajo..., de las mujeres menospreciadas y explotadas, de los ancianos abandonados, de los enfermos, etc.» (núm. 30). Pero en el siguiente número se da vuelta a la moneda y se ve el lado positivo de esta realidad con la santidad de tantos miembros de la Iglesia, la fidelidad de los esposos en el matrimonio, etc., un etcétera largo que actúa como de buen samaritano en el acercamiento solidario a tantos males (núm. 31). Entre estas luces se destacan también la existencia de familias verdaderamente cristianas, la vida consagrada, la vida de tantos sacerdotes ejemplares y abnegados, laicos fieles a su bautismo, tantos hombres de buena voluntad, etc. (núm. 32). También, este etc. es largo, alentado por el Espíritu Santo y alentador en interacción beneficiosa, sin duda.

DIFICULTADES

Para ser realistas, hay que tomar nota —entre ellas— de la falta de diálogo entre los diversos miembros de la Iglesia, falta de planificación en organismos eficaces, «crisis de obediencia al Magisterio de la Iglesia que se manifiesta en tantos modos: algunas posiciones teológico-pastorales sobre ciertos problemas, las disensiones de algunos teólogos..., grupos en abierta contradicción con las enseñanzas de la Iglesia, ya sea en materia moral como en ciertos aspectos del dogma» (núm. 33,1). Luego se añaden, en párrafo aparte, sectas, supuestas apariciones, etc. (núm. 33,2).

El número 34 es terrible al afirmar abiertamente la existencia de «agentes erosionadores de la comunión» fomentando «anti-valores como el materialismo, el egoísmo, el hedonismo. Crece, además, el subje-

tivismo..., el debilitamiento de valores religiosos..., separaciones y divorcios..., creciente número de hijos nacidos fuera del matrimonio..., cierta cultura de la muerte, «que se extiende con la práctica siempre más frecuente del aborto y la tendencia potencial hacia la eutanasia», «reducción del número de nacimientos» y «una segregación de los ancianos del núcleo familiar y de la sociedad» (núm. 34).

Entre los «operadores» (sic) de la comunión, se hace una lista, casi mera enumeración, de los mismos al señalar primero y principalmente al Espíritu Santo; también, los obispos han de ser operadores de comunión a nivel diocesano y de Iglesia universal (núms. 35 y 26). Asimismo, los sacerdotes, religiosos y religiosas (núm. 37), los laicos, en virtud de su bautismo y confirmación ¡de ambos sacramentos se requiere un especial tratamiento para que sea una iniciación verdadera *veri nominis!*; la familia, los jóvenes, la mujer (a la que se dedica todo un número largo) (núm. 39).

Hablando de campos y caminos para la comunión, en primer lugar, lógicamente, se habla de la Iglesia misma en continuidad y coherencia con la doctrina del Vaticano II (Lg 1), animada, claro está, por el Espíritu Santo (núm. 40) con el despliegue de los sacramentos —ojalá que bien celebrados—. Hay, en este campo concreto de los sacramentos, un problema pastoral profundo y extenso; a saber: ¿cómo lograr que sean expresión de la fe y celebraciones de la comunidad? No, pues, mero acto social, o de mera religiosidad, o celebraciones «individuales» y hasta individualistas. En este campo tan importante, a raíz del Concilio Vaticano II⁵.

Algo se ha dicho y reflejado en estos *Lineamenta* sobre un tema importante en toda vida cristiana (de allí y de aquí): la celebración festiva del domingo: «De la celebración de la Eucaristía dominical, los fieles salen fortalecidos y estimulados, para dar testimonio de Cristo ante el mundo y para realizar obras de caridad y solidaridad» (Cf. núm. 40,2, *in fine*). Pero la celebración del domingo no es sólo la misa, claro está, sino también todo un despliegue de caridad.

Pero la cuestión básica es, sin duda, la de la fe: «la fe del Pueblo de Dios está siendo hoy debilitada por múltiples factores»; los que anteriormente ha señalado y hemos aducido, añadiendo además: «la falta de formación religiosa de algunos (sic.) fieles». Es un eufemismo, sin duda, lo de «algunos fieles» (núm. 41). De ahí que el Sínodo quiera promover «el enuncio de la Palabra en todos sus niveles: catequesis de ni-

⁵ JOSÉ LUIS LARRABE, *Sacramentos en esta Era posconciliar*, Madrid, 1996, 483 pp.

ños, de jóvenes y de adultos, enseñanza de la religión en escuelas primarias, medias, superiores y centros de cultura superior» (ibid.). Y se quiere ir más allá en el campo de la impregnación de lo temporal con el evangelio formando para ello a «políticos, financieros, empresarios, intelectuales, operadores del espectáculo y de los medios de comunicación social». Educación no sólo en la fe sino también en la caridad y en la solidaridad.

El número 42 ofrece un programa de ecumenismo claro y verdadero.

¿Qué aspectos nuevos presentan el número 43 con el epígrafe «metas y desafíos»? «Entre estas metas está el promover la santidad de sus miembros (de todos ellos), impulsar la misión, trabajar por la inculturación y contribuir a la realización de la unidad y la paz». (Lástima que junto a la pléyade de nombres, santos y santas, no merezca un hueco Mons. Romero, aunque no esté canonizado propiamente.) Me refiero al elenco de hombres y mujeres del número 43,2.

Nos parece que peca de minimismo la frase inicial del número 44 al decir que «de la catolicidad y universalidad de la Iglesia se deduce que la *misión* y anuncio del Evangelio a todas las gentes es una de las tareas esenciales». Habrá que insistir y subrayar más bien la prioridad de ese «anuncio del Evangelio». Ha sido un gozo y una alegría leer la gran preocupación sinodal por la inculturación (núm. 45). El Sínodo deberá «trabajar incansablemente para alcanzar la unidad entre sus hijos» (núm. 46). Y también —aunque no se diga explícitamente— por la unidad y coherencia entre parroquias y movimientos: tarea ardua y todavía no conseguida.

La gran tarea de *construir la paz* y llegar a hacer de la Humanidad una gran familia es un desafío ineludible para este Sínodo y todos (núm. 47 citando GS 77-78). Nos parece que peca de optimismo (por no decir de ingenuidad) al decir que «es ya un hecho la unidad que están obrando los medios de comunicación social...» (núm. 47,3). A no ser que lo que se quiera decir sea la constatación de la interdependencia a nivel mundial. Se cita aquí el fenómeno del *deporte*: ya que en el Concilio Vaticano II (GS) se presentaron, por escrito, estudios sobre el fenómeno del deporte y concretamente del fútbol. Seguimos necesitados de que se afronte un tema de tanta envergadura psicosocial y mundial con todas sus implicaciones: ¡muchas e importantes!

CUARTA PARTE

JESUCRISTO, CAMINO PARA LA SOLIDARIDAD

Gran parte de los problemas que hoy afligen a diversos pueblos en el Continente tienen su origen en causas económicas y sociales... que pueden ser superadas en alas de la solidaridad y amor (núm. 48). Y aquí se hace una mención de honor de la doctrina social de la Iglesia: con razón (núm. 49,2). Efectivamente, «el hombre es la medida y el centro de toda actividad económica», se nos dice en el corazón mismo de esta IV parte. Justicia y amor (o a la inversa: amor y justicia) se despliegan como intención programática para el Sínodo de América. Siempre es éste un problema candente; y asignatura pendiente: allí y aquí.

Ante esto, ¿qué reacción y qué actitud es válida entre cristianos, más aún, entre personas de buena voluntad? No «la indiferencia, ni la pasividad o la resignación fatalista», sino «sacrificio de sí en generoso espíritu de servicio»; «los cristianos están llamados a expresar la comunión fraterna en el servicio solidario de unos en favor de otros» (núm. 51).

Un poco optimista me parece la afirmación del número siguiente de que «la Iglesia que está en América, sobre todo en países en vías de desarrollo, ha manifestado siempre una especial solicitud por responder a las necesidades de los pobres...» ¿Quién va a negar gran parte de verdad en esta afirmación? Sirve también de declaración de intenciones de futuro en materia tan importante. Trae luego, en este mismo número (núm. 52), las dos declaraciones de la Congregación de la Fe sobre la Teología de la Liberación, mejor a nuestro modo de ver la segunda (1986) que la primera (1984), pero reconociendo en una y otra la necesidad interrelación entre evangelización y promoción de la justicia (núm. 52, notas 58-59).

El Sínodo deberá afrontar las «nuevas formas de pobreza y esclavitud» que tan crudamente se describen al final de ese mismo número (núm. 52), indicando sus causas y efectos y sugiriendo —nada más que sugiriendo, los estudios vendrán más tarde— las soluciones: «a grandes males, grandes remedios» hasta llegar al sacrificio de sí y de lo suyo.

El Sínodo no nace de la nada en este esfuerzo por la justicia y la liberación integral: Medellín (1968), Puebla (1978), Santo Domingo (1992) están ahí como esfuerzos denodados y decisivos, aunque insuficientes a juicio de no pocos teólogos, sin duda. Y ahí mismo, en el número 53, se describen también las tomas de posición y actuaciones de la Iglesia del Norte en el tema de la injusticia y la opción por los pobres;

se citan también y se aducen positivamente las encíclicas sociales al respecto, claro está.

¿Y el paro? «Un aspecto de particular importancia en el contexto de la problemática social es el del empleo.» No se habla del paro como consecuencia ineludible del crecimiento económico; y «en este sentido, es importante la afirmación programática de este mismo documento...» (núm. 54). También, en las encíclicas, primeras y últimas, existen líneas de solución, no sólo análisis y diagnósticos al respecto. Y se da aquí mismo una nueva definición de evangelización (una de las muchas que ofrece a lo largo y ancho este documento): «El desafío de la nueva evangelización en el Continente americano consiste en encontrar el modo de usar los medios de comunicación disponibles para que la doctrina social de la Iglesia sea más conocida» (núm. 54). No podía dejar de mencionar «la contaminación ecológica global», pero sin cargar excesivamente las tintas, y sin exagerar, para que no se dé más importancia a una ecología vegetal que al tema del aborto.

Se habla también —cómo no, era necesario— de las «estructuras del pecado», pero señalando siempre la responsabilidad moral de las personas, sobre todo, «el afán de ganancia exclusiva y la sed de poder» (citando la encíclica *Sollicitudo rei socialis* 37) (núm. 55).

También, aquí la solución está en la conversión «dado que la raíz de la injusticia está, como se ha dicho anteriormente, en el campo moral». Por tanto, «hay que ponerse siempre en el lugar del otro» (núm. 56).

¿Cómo afrontará ese Sínodo americano el problema de las guerras y guerrillas? Para crear la mentalidad justa y pacífica se hace un llamamiento noble y generoso a religiosos y religiosas, a la familia, a la juventud —también noble y generosa—, etc.: a toda religión y persona de buena voluntad ¡que existen! Por supuesto, llamadas y avisos a políticos y poderes económicos, todos ellos: llamadas a premiantes, las que se dan en el número 57.

La esencia misma de la formación permanente (entre «los posibles caminos de la solidaridad») consiste en poner en claro y en alto los principios de la justicia social, en estudiar el análisis de las realidades concretas y en aplicar con valentía —no con indefiniciones— aquellos principios a la realidad en que se vive (núm. 58). Se da enorme importancia al voluntariado, no sólo a nivel local, sino también internacional (aquí sí que hay que poner buena nota al voluntariado joven y a religiosos y religiosas). En el número 59,3 se enuncia un problema no resuelto y de difícil solución: la colaboración y coherencia entre parroquias y movimientos. No sé si se puede afirmar como principio general esto de que

«la pastoral urbana sigue siendo una prioridad en la formación de los sacerdotes, religiosos y operadores laicos». Esto dependerá de las características de cada Iglesia particular. Y es todo un programa abierto el que se enuncia aquí en dos líneas: «En este sentido, están abiertas las puertas a la creatividad de nuevos métodos, nuevos caminos y nuevos lenguajes de evangelización» (núm. 59 al final).

ASPIRACIONES Y DESAFÍOS DE LA IGLESIA EN AMÉRICA

De ellas se habla ya hasta el fin de este documento, hasta la conclusión. Después de haber insistido tanto, ¡no lo suficiente! en esta materia de tanta injusticia, se habla ahora de los «medios que canalicen ayudas efectivas» (núm. 60). En efecto, en el mundo actual, entre católicos y otras confesiones religiosas, también entre tantas personas de buena voluntad —las hay tantas— surgen con generosidad solidaridades, muchas; pero existe el pro de los cauces y canales adecuados de los que se habla en este apartado (núm. 60).

¿Para qué? Para «contribuir a solucionar en parte [al menos en parte] problemas elementales, como la privación de "las cosas mínimas necesarias" (*sic.*) para una vida digna: comida, casa, escuela, ropa, medicina, etc.» (núm. 60,2)⁶.

Ya hemos dicho anteriormente, pero no importa repetir lo que aquí se dice: que «muchas Iglesias particulares en América (y en otras partes) dan evangélico testimonio de comunión en la solidaridad» (*ibid.*). El que escribe estas líneas lo ha hecho también en años en aquellas latitudes (del Sur). Y nuevamente también, en este documento presinodal (núm. 61), se dice: «este particular interés se manifiesta en la opción evangélica hacia los más débiles y necesitados, así como también en el deseo de apoyar en el desarrollo integral, físico y espiritual...» Ya se ve que aquí se tiene interés en matizar qué concepto de liberación (integral, pascual) se quiere promover.

Y ¿qué concepto de inculturación se quiere y se desea en y a través del próximo Sínodo de América? La que consiste en «conocer, respetar, promover la cultura de cada grupo étnico, anunciar el evangelio a cada cultura para que ésta, una vez evangelizada, exprese en sus propias formas el contenido del Evangelio: tal es el proceso circular de la incultu-

⁶ La traducción también aquí es incorrecta. No se trata «de cosas mínimas necesarias», sino de «necesidades fundamentales», como dicen otras versiones como la inglesa: «fundamental problems».

ración que se presenta como meta a alcanzar en la nueva evangelización» (núm. 62,1). Y más adelante, dice: «Cada uno de estos grupos humanos posee un patrimonio cultural, reconocible en sus expresiones artísticas, en su religiosidad y en su sensibilidad, que constituye un don precioso para el Continente y para todo el mundo» (núm. 62,2).

El tema del *ecumenismo* verdadero (*veri nominis*) se quiere distinguir bien entre el indiferentismo irenista y el de la caridad y respecto en todo momento (núm. 63). Y en la solidaridad de toda la familia humana, se habla de dos sustantivos mutuamente implicados: comunión y solidaridad. Y en lugar de hablar en negativo o en alarmismo «a grandes males grandes remedios», dice «los grandes problemas merecen grandes soluciones» (núm. 64).

«La meta última es la unidad de la familia humana, cuyo elemento de cohesión es la fe en Cristo.» (ibid.).

CONCLUSIÓN

Los objetivos señalados por el Papa Juan Pablo II para este Sínodo son arduos y desafiantes a la vez: «promover la nueva evangelización en todo el territorio del Continente americano, incrementar la solidaridad entre las Iglesias particulares e iluminar los problemas de la justicia y de las relaciones económicas entre el Norte, Centro y Sur» (núm. 65,2).

Y que en el análisis y sugerencias de actuación que surgirán como resultado de este Sínodo no serán primariamente (o únicamente) sociológicos ni técnicos, sino evangélicos, dice el siguiente número (66).

Todo esto se hace con la Virgen María, a la que aquí se la llama «Estrella de la nueva evangelización» (núm. 67).

LAS PREGUNTAS PARA EL SÍNODO DE AMÉRICA

Las preguntas son radicales, sin duda⁷; hace falta luego que las respuestas lo sean también desde la base, a saber, de Norte, Centro y Sur de aquel mundo inmenso y variado que es América (toda ella), y que cuando se reúna el Sínodo, se afronten los problemas con sinceridad, realismo, valentía de planteamientos y toma de posiciones eclesiales; con discernimiento entre lo mucho bueno que existe en su historia de medio milenio y las sombras y lagunas que se den, que se dan; por ejemplo, en materia de justicia e inculturación, etc.

⁷ *Lineamenta*, pp. 57-60.

PRIMERO, EL ENCUENTRO CON JESUCRISTO VIVO

Comienzan las preguntas como el consejo que se nos daba en latín para las cosas importantes diciendo: *ruit in mediam rem*. Pues así es aquí la primera pregunta sobre «¿cómo es anunciada y presentada la persona de Jesucristo, Salvador y Evangelizador, a los hombres y mujeres de la época presente, en orden a provocar un verdadero encuentro con El en medio de las situaciones concretas de la vida? (ibid. 1).

Los que hemos estado varios años en aquellas latitudes como misioneros y lo hemos recorrido en gran parte (¡todo es imposible!), hemos visto y admirado cómo aquellos misioneros pudieron recorrer América dejando por doquier al menos estos elementos sustanciales: la fe en Jesucristo; la enorme confianza en Dios; la vivencia de la Eucaristía y de la devoción a la Virgen María. Todavía no se conoce suficientemente la historia interna, es decir, espiritual, evangelizadora y catequética de aquellos tiempos y métodos.

Dentro de esa misma pregunta, primera y principal, luego está la que a nuestro modo de ver debería venir con el número 2. Pero como cristología y eclesiología vienen seguidas una tras otra, aquí a renglón seguido se pide a las Iglesias locales de aquellas latitudes (las de toda América: Norte, Centro y Sur) «describir los modos en que la Iglesia puede mantener la centralidad de Jesucristo vivo en las diversas manifestaciones de la vida eclesial: liturgia, la catequesis sistemática, la formación en la fe, las actividades apostólicas y caritativas» (ibid., núm. 1). Las «caritativas» se entienden a partir de la justicia.

Con estas últimas palabras se ofrece, de paso, lo que se considera hoy la vida de las comunidades eclesiales, pequeñas y grandes, al menos en sus elementos fundamentales: si se comienza por la liturgia, como lo hizo el Concilio Vaticano II, no es porque haya que comenzar por ahí, sino por lo que se dice ahí mismo: «la catequesis sistemática, la formación en la fe»; siguiendo luego por la liturgia y terminando (nunca se termina) por «las actividades apostólicas y caritativas». Sobre todo, la opción por los pobres.

Se supone que entre estas actividades hay que poner en claro y en alto la justicia: en un estudio nuestro *ex professo* sobre la «Trayectoria de los Sínodos de Roma en los veinticinco años posconciliares»⁸, hemos llegado a la conclusión de que la opción por los pobres es condición pre-

⁸ JOSÉ LUIS LARRABE, en *Lumen* (1990), pp. 402-553.

via, constitutivo interno y efecto necesario de toda evangelización verdadera.

LA CONVERSIÓN EN LA IGLESIA Y EN LA SOCIEDAD

También en ésta. ¿Hacia dónde? Al menos y ante todo hacia los valores fundamentales y básicos sobre los que se asienta toda sociedad orgánica y democrática. Se insiste aquí en las preguntas sobre la ética civil y la axiología de los valores; y, lógicamente, los *Lineamenta* piden «enumerar y describir signos concretos del despertar religioso (y de fe) en la Iglesia local» (ibid., núm. 2). Como reverso, negativo, es lógico que se pregunte aquí mismo sobre los aspectos más urgidos de conversión en la realidad intra-ecclesial (ibid.).

Y no puede terminar este apartado de preguntas sin la interrogación presinodal sobre los aspectos positivos en relación con el mensaje del Evangelio o, por el contrario, negativos —aquí se dice «necesitados de conversión»— (ibid., núm. 3).

Hablando de «la comunión en la Iglesia», se pregunta con realismo sobre «las divisiones más relevantes» en el ámbito eclesial de su área y cómo pueden ser superados (núm. 4).

Toda la Iglesia en el Sínodo 1985, también en España previamente a dicho Sínodo, se hizo examen y evaluación eclesial de cómo había sido recibido el Concilio Vaticano II⁹. Pero ahora han pasado dos lustros más y es conveniente hacer de nuevo este examen de conciencia eclesial y conciliar, tal como se nos pide ahora (no sólo en América) (núm. 5).

Sobre qué diálogo y qué actividades ecuménicas se tienen allí (y aquí), es buena ocasión para exigirnos y ayudarnos en oración y cooperación solidaria con otras confesiones (núm. 6). Y «con otras religiones no cristianas».

Dado que el carisma de Pedro, y de la Iglesia misma en su modo y medida, es «confirmar en la fe a los hermanos», para purificar y salvaguardar esta fe, se ruega estudiar bien el problema de las sectas, movimientos religiosos sincretísticos y otras corrientes espiritualísticas (núm. 8).

La nueva evangelización quiere impregnar también la cultura y las culturas, no sólo las personas individuales. La pregunta se refiere a las artes, letras, ciencias, etc.; y, en las personas, al proceso evolutivo-educativo: primario o elemental, secundario o medio, y universitario

⁹ JOSÉ LUIS LARRABE, *Sacramentos en esta era posconciliar*, Madrid, 1966, pp. 20 ss.

(núm. 9). Salvando los elementos indígenas que merecen ser revalorizados y utilizados «como semillas de evangelización» (núm. 10). Enriquecimiento mutuo y purificación necesaria se apuntan aquí como talante válido en esta tarea (núm. 10).

Sobre la religiosidad popular ha hablado y hemos hablado anteriormente con sus luces y sombras. Podía ser mejor formulada, a mi entender, la pregunta sobre ¿qué puesto ocupa la devoción a la Virgen María en la religiosidad popular? Ya hemos quedado en que hay que ir de la religiosidad popular a la fe, también en este punto, importante (en relación con el núm. 11).

La pregunta 12 nos pilla en asignatura pendiente al hablar y preguntar sobre lo que la Iglesia hace —o deja de hacer— en los medios de comunicación social. Y no podía faltar la pregunta sobre la ayuda solidaria a los más necesitados (no porque no se haga nada, sino para que seamos más y más solidarios, comenzando por la formación de conciencia del pueblo de Dios en todas sus instancias).

Ya no se dice que la Iglesia no es para resolver los problemas sociales, sino que le es imposible resolver *todos* los problemas sociales (núm. 14). Y ¿cómo promueve el aprecio y la estima de la vida, de toda vida humana, desde el primer momento «hasta la ancianidad»?¹⁰

Es de agradecer, por fin, el número 16 con pregunta abierta para colaborar con observaciones y sugerencias a este Sínodo en América «aunque no se mencionen en este cuestionario» (núm. 16).

¹⁰ Nuevamente nos encontramos con una traducción defectuosa en la edición castellana: donde dice «hasta la ancianidad», la versión de habla inglesa dice «to the point of natural death».